

No se sabe el género de suplicio al que debió el título de mártir. Se cree, según una expresión del *Libro pontifical*, que dió un decreto relativo á los diversos órdenes y funciones de los clérigos: se ha querido ver en este hecho el origen de los cardenales. Si se intenta con esto decir que san Higinio fijó, el primero, los títulos de los obispados *suburbicarios* que fueron dados después exclusivamente á los cardenales, esta observación puede ser fundada: pero creemos mucho más reciente el nombre y dignidad del cardenalato.

Fué dado por sucesor al papa san Higinio san Pio I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PIO I (142-150).

12. A pesar del carácter manso y clemente del emperador Antonino Pio, los fieles no dejaron de ser blanco de la más cruel persecución bajo su gobierno. La siguiente inscripción, erigida al mártir san Alejandro en el cementerio de Calixto, nos da la prueba: « Alejandro no ha dejado de vivir en la » tierra sino para comenzar una vida inmortal en los cielos: » terminó su carrera bajo el imperio de Antonino, el cual, » deudor de grandes beneficios á los cristianos, les volvió mal » por bien. Porque es conducido al suplicio cualquiera que » dobla su rodilla al verdadero Dios, y que le rinde homenaje. » ¡ Oh! desgraciados tiempos en que no podemos evitar los » verdugos ni aun en las cuevas en medio de nuestros sacrificios y oraciones! ¡ Cuán miserable es la vida! Mas al propio » tiempo, ¡ cuán infausto es el morir, cuando no es permitido » ni á los parientes ni amigos tributar las honras funerales » á los objetos de su ternura! » Estas sentidas quejas, mezcladas de cristiana resignación y santa esperanza, aliviaban sin duda el dolor de los fieles que perdieron en medio de los suplicios á sus hermanos en la fe; pero no podían llegar dichas quejas hasta el trono de los Césares. Hacia este tiempo se encargó de esta noble empresa una voz elocuente, la del apolo-gista Justino.

13. Nació este en Naplusa (la Sichem antigua), ciudad de

la Palestina, de una familia pagana de labradores, establecida en aquel lugar por el emperador Vespasiano. Dios, que quería traerle al conocimiento de la verdad, le había dotado de un talento superior, espíritu ardiente, ávido de ciencia y propenso á las investigaciones filosóficas. Desde su juventud se dedicó á ellas con gusto y aun con pasión. Después de haber agotado la doctrina de los Estóicos, Peripatéticos y Pitagóricos, sin haber podido apagar la sed de la verdad que padecía su alma, abrazó la filosofía de los Platónicos, cuyo espiritualismo convenia más á la elevación de su inteligencia. Paseándose solo un día en las orillas del mar que bañaba las costas de su patria para abandonarse más sosegadamente á sus acostumbradas meditaciones, apercibió un anciano desconocido, de rostro y compostura venerable, que entabló la conversación sobre la sabiduría, sobre Dios y sus perfecciones, y en fin sobre los destinos de la humanidad. Le hizo comprender á nuestro Justino cuán incapaz era la filosofía, aun la del divino Platon, para alumbrar al espíritu humano acerca de estas materias. « ¿Qué guías será pues necesario seguir, preguntó Justino, si » estas no han podido llegar á conocer la verdad? — En cierta » época muy antigua, respondió el anciano, y mucho tiempo » antes que naciesen esos hombres reputados por sabios, ha » habido hombres justos y amigos de Dios, que hablando por » inspiración del espíritu divino, han anunciado de antemano » lo que hoy sucede en el mundo. Se les llamaba profetas: so- » los ellos han conocido la verdad, solos la han comunicado y » enseñado á los hombres. Cuando se leen con viva y sencilla » fe sus obras, revelan á la inteligencia la sola doctrina digna » de un verdadero filósofo: en sus discursos no proceden por » vía de silogismos ni ratiocinios sutiles; porque el testimonio » que dan de la verdad es muy superior á toda demostración. » Sus oráculos, cuyo cumplimiento palpamos hoy día, mandan » y exigen nuestra creencia. Añadid á esto los milagros que » obraban en nombre de Dios, único, criador y padre de to- » das las cosas, y anunciando al propio tiempo el adveni- » miento de Jesucristo su hijo. Ruega pues que se abran para

» tu inteligencia las puertas de la luz; porque nadie puede  
» ver ni entender la verdad, si Dios y su hijo el Mesías no  
» predisponen su alma. »

Estas palabras, proferidas en medio de la turbacion y desasosiego que habian dejado en el corazon de Justino el estéril estudio de los vanos sistemas y las contradicciones de la filosofía pagana, le inspiraron un vivo deseo de acudir inmediatamente á estos puros y abundantes manantiales que hasta entonces habia menospreciado. « No tardé, añade, en convenirme que solo en ellos se hallaba la filosofía verdadera y útil á los hombres: hé aquí porqué soy cristiano. » Esta importante conquista del Evangelio sobre la sabiduría del paganismo se verificó en los últimos años del reinado de Adriano, del año 132 al 138.

14. Justino conservó en su nuevo género de vida el *palio* ó manto de los filósofos: se cree que se agregó al clero romano, del cual fué en efecto uno de los mas ilustres miembros. Hasta este tiempo la educacion de la juventud estaba en manos de los filósofos paganos: san Justino fué el primero que abrió una escuela católica, en donde formaba á la fe el entendimiento y vida de sus discípulos; el célebre Taciano fué uno de ellos. Manifestó en obras superiores su fe ardiente y eficaz. Publicó desde luego un libro intitulado: *Exhortacion á los Griegos*, con el fin de desvanecer las preocupaciones de los paganos contra el cristianismo. Prueba con la vasta erudicion que mostró siempre, que los libros de Moisés son anteriores de mucho á todos los escritos de los filósofos y poetas paganos, y que la tradicion mosaica, desfigurada con mil errores accidentales y locales, se halla, en cuanto á los puntos capitales, en las teogonías paganas; y así demuestra que el dogma de la unidad de Dios, base de la revelacion judía, se ve conservado en las obras de los autores paganos mas apreciadas. Los enemigos del catolicismo, desde Juliano el Apóstata hasta las sectas protestantes, han tomado pretexto de estas aserciones para acusar de *platonismo* á san Justino y á los Padres de los primeros siglos de la Iglesia. Pero esta inculpacion se desvanece al mas

leve exámen; porque la filosofía de Platon está mezclada con tantos errores, oscuridades y contradicciones, que es imposible hacer proceder de ella la doctrina católica. Por otra parte, Aristóbulo, Josefo, san Justino, Orígenes y Eusebio de Cesarea han probado que Platon habia tenido conocimiento de los libros hebraicos, y que de ellos habia sacado aquella parte de su doctrina que tan poco se semeja á lo demás, y que se opone abiertamente á lo que es suyo propio. Y aun cuando fuera posible que un hombre, cuyo ingenio le mereció el dictado de divino por toda la antigüedad, hubiese llegado á tocar algunas verdades sublimes, popularizadas mas tarde por el cristianismo, — esfuerzo que pudo hacer valiéndose de las tradiciones subsistentes en el seno de la humanidad, — lejos de que ese fenómeno sea un reproche para los doctores de la Iglesia, que podian y debian valerse de un testimonio tan precioso, ¿no se ve que era poner en evidencia un nuevo y maravilloso argumento en favor de la fe, pues que quedaba evidenciado que esta es conforme á la religion natural de las mas elevadas inteligencias (1)?

15. Preludiaba san Justino con esta obra la publicacion de su Apología primera, tan interesante y oportuna por la persecucion que en aquella misma época padecian los cristianos. La dirigió en estos términos á los jefes que entonces gobernaban el imperio romano: « Al emperador Tito Elio Adriano Antonino Pio, César Augusto; á Verísimo, su hijo, amigo de la verdad; á Lucio, igualmente amigo de la verdad, hijo de César é hijo adoptivo de Pio; al sacro senado y á todo el pueblo romano: en favor de los hombres de toda condicion que se encuentran injustamente aborrecidos y perseguidos como cristianos: Yo, Justino, hijo de Prisco y nieto de Bacio, de la colonia de Flavia Neápolis, en la Siria palestina, uno de ellos, presentó estas Memorias.

» La razon, continúa, impone un deber á cuantos sean verdaderamente piadosos y filósofos de amar la verdad, y amarla

(1) Véanse los *Estudios históricos* de Chateaubriand; estudio 2º, parte 2ª.

» hasta sacrificarle las preocupaciones recibidas de nuestros  
 » antepasados, y aun nuestra propia vida. Príncipes, se os da  
 » el nombre de piadosos, de filósofos; se os llama guardado-  
 » res de la justicia, y amigos de la verdad; veremos si lo sois;  
 » porque si os dirigimos este escrito, no penseis sea por lison-  
 » jearos ni pedir os gracia. Lo único que os pedimos es que  
 » ordeneis se haga pesquisa é investigacion severa, y que si  
 » somos reos, seamos castigados con todo el rigor de las leyes.  
 » No os engañeis; si no escuchais, para hallarnos culpables,  
 » mas que al deseo de hombres supersticiosos, si no mostrais  
 » acceso mas que á ciegas pasiones, ó á vagos rumores, vues-  
 » tra sentencia no condenará sino á vosotros mismos. Porque  
 » mientras no nos probaréis convictos de algun crimen, podeis  
 » sin duda inmolarnos, jamás perjudicarnos (1). »

Semejante energía y razonamiento tan elevado no se des-  
 mienten un punto en toda su Apologia. Se indigna al ver de  
 que baste confesarse cristiano para ser conducido al suplicio,  
 en tanto que los que apostataban ante los tribunales quedaban  
 absueltos y con todos los honores debidos á la inocencia, á la  
 virtud, como si no fuera justicia rigorosa examinar previa-  
 mente la conducta de un acusado antes de condenarle ó absol-  
 verle. « Parece, añade con rara energía de expresion, que  
 » temeis que todo el mundo practique la virtud y que no ten-  
 » gais ya á quien castigar: pensamiento mas propio de un ver-  
 » dugo que de príncipes justos y generosos. » Pasa en seguida  
 á la exposicion sencilla, clara y precisa de la doctrina de los  
 cristianos, y hace la descripcion de sus costumbres sin afecta-  
 cion como sin timidez. « Podemos, dice, mostrar entre nosotros  
 » hombres que de violentos é iracundos se han vuelto humildes  
 » y sufridos, convertidos por el modelo de la vida ejemplar de  
 » los cristianos, ó por la fidelidad de que han dado estas pruebas  
 » en la agencia de los negocios. » Para responder al cargo de  
 rebeldía contra los príncipes y leyes del imperio con que se

(1) Tomamos este análisis elegante del exordio de la Apologia de la pluma expe-  
 rimentada del abate Blanc, *Cours d'histoire ecclésiastique*, 2<sup>e</sup> partie, 182, 1<sup>re</sup> édition.

trataba de manchar la constancia de los cristianos, se expresa  
 así: « No adoramos nosotros sino un solo Dios, pero os obe-  
 » decemos con gusto en todo lo demás, reconociéndoos como  
 » emperadores y señores de los hombres, y rogamos para que,  
 » con la autoridad soberana, esteis dotados tambien de la recta  
 » razon. »

Por fin entra en la parte mas delicada de su trabajo, la de  
 los agravios y calumnias acumuladas contra los cristianos. No  
 podia refutarlas victoriosamente sino quebrantando *la ley del*  
*arcano*, cuya observancia era tan rigorosa desde el siglo pri-  
 mero, como hemos visto. Sin embargo no era posible volverse  
 atrás ni aun detenerse en presencia de la opinion pública,  
 extraviada mas y mas cada dia por las infamias de los gnós-  
 ticos. Está puesto en razon, dice un historiador, creer que san  
 Justino consultó y se puso de acuerdo con el papa san Pio I  
 acerca de esta parte de su Memoria, y que si habló tan explícita-  
 mente de algunos dogmas, y especialmente de la Eucaristía,  
 lo hizo con asentimiento suyo. Expone pues la doctrina católica  
 de este sacramento y el del bautismo, evitando con todo ex-  
 presar las fórmulas sacramentales. « No recibimos la Euca-  
 » ristía como un pan ordinario, dice, ni como una bebida ordi-  
 » naria; sino que así como por la palabra de Dios fué encarnado  
 » Jesucristo y tomó nuestra carne y nuestra sangre para nuestra  
 » salvacion, del mismo modo el pan y el vino, santificados por  
 » la oracion de su Verbo, se convierten en la carne y en la  
 » sangre del mismo Jesucristo encarnado para constituirse  
 » nuestra carne y sangre por la transformacion del alimento. »  
 Presenta en seguida el detalle de otras circunstancias que acom-  
 pañan á la accion principal del sacrificio, de las cuales podia  
 hablar sin inconveniente alguno, tales como las oraciones,  
 exhortaciones, lectura de los libros sagrados, ósculos de paz,  
 colecta para los pobres.

Concluido el cuadro fiel de las costumbres de los cris-  
 tianos y de su conducta en las asambleas religiosas, acaba  
 con la misma independenciam de lenguaje y pensamiento: « Tal  
 » es nuestra doctrina: respetadla, si la encontrais razonable;

» si no veis en ella sino frivolidades, menospreciadla, pero no  
 » condeneis por ella á millares de inocentes. Podríamos pe-  
 » díros justicia en virtud de la carta del ilustre y gran César  
 » Adriano, vuestro padre : mas hemos preferido no apoyarnos  
 » sino en la bondad de nuestra causa y en la justicia de esta  
 » Memoria. Si persistís en sacrificar la verdad al furor popular,  
 » haced lo que está en vuestra mano. Cuando los príncipes  
 » prefieren lisonjear la opinion pública á respetar los intereses  
 » de la justicia y del derecho, no pueden menos de obrar  
 » como obran los malhechores en los bosques de su gua-  
 » rida.»

16. Este lenguaje, que respira dignidad y moderacion, como eco de la virtud, ¿tocó el corazon de Antonino? Fuera permitido conjeturarlo por el rescrito imperial cuyo texto nos ha conservado Eusebio. Los fieles del Asia y la Grecia, perseguidos como los de Roma, dirigieron igualmente al emperador sus quejas por las vejaciones de todo género que experimentaban de parte de los infieles de aquellas comarcas. Los paganos echaban la culpa de todas las calamidades públicas á los cristianos, porque las miraban como venganza de los cielos por los ultrajes que los dioses recibían todos los dias de esta *secta impía*. En los años 148 al 150 sobrevinieron á la vez diferentes azotes; una hambre espantosa, la inundacion del Tíber, un terremoto que asoló muchas ciudades en Asia y en la isla de Rodas. Resonaban pues con nueva furia contra los cristianos los gritos sanguinarios del populacho; y para contener los efectos de ese odio brutal, Antonino se vió obligado á enviar á las ciudades del Asia, en favor de los discípulos de Jesucristo, el decreto siguiente (1):

« El emperador Tito Elio Adriano, Antonino, Augusto,  
 » Pio, soberano pontífice, en el año décimoquinto de su tri-  
 » bunado, cónsul por la tercera vez, padre de la patria, á los  
 » pueblos del Asia : salutacion.

(1) Tillemont, Pagi y Orsi han probado que este documento es del emperador Antonino Pio, y no de Marco Aurelio, como han creído otros siguiendo á Fleury.

» No dudo yo que los dioses mismos cuiden de descubrir á los  
 » cristianos, por mas que hagan para esconderse. En efecto,  
 » tienen los dioses mas interés y poder que nosotros para casti-  
 » gar á los que rehúsen adorarlos. Pero vosotros que no cesais  
 » de molestar á estas gentes, de acusar de ateismo su doctrina,  
 » y de imputarles crímenes de que no podeis ofrecer pruebas,  
 » mirad que en vez de apaciguarlos los haréis mas obstinados,  
 » porque desean menos vivir que morir por su Dios. Como  
 » están prontos siempre á dar su vida antes que acceder á  
 » vuestras exigencias, quedarán victoriosos siempre en cuantos  
 » combates les presentéis. A propósito de los terremotos pa-  
 » sados y presentes, permitidme os amoneste compareis vuestra  
 » conducta á la de los cristianos. Cuando estas desgracias lle-  
 » gan os desanimais enteramente, en tanto que los cristianos  
 » redoblan la confianza que tienen en su Dios. En medio de  
 » las calamidades públicas, se diría que no reconocéis ya á  
 » vuestros dioses; pues que descuidais el culto sagrado, os  
 » olvidais de la divinidad, y no pudiendo sufrir que otros la  
 » honren, les teneis envidia y los perseguís de muerte. Mu-  
 » chos gobernadores de provincia han escrito ya á mi divino  
 » padre bajo de este respecto; y se les respondió no inquie-  
 » tasen á los cristianos, á menos de ser convencidos de haber  
 » quebrantado las leyes del imperio. Se nos han dirigido tam-  
 » bien á nos gran cantidad de cartas, pidiéndonos instruc-  
 » ciones relativas á este asunto; y les hemos dado respuestas  
 » conformes á las intenciones de nuestro divino padre. Si se  
 » continúa pues á intentar procedimientos á algun cristiano  
 » con motivo de su religion, mandamos que el acusado sea  
 » puesto en libertad y absuelto, y que sea castigado el acusa-  
 » dor conforme al rigor de las leyes.»

Esta ordenanza de Antonino fué promulgada solemnemente en Éfeso, capital de las asambleas generales de Asia (1). Se tuvo cuidado de enviar copias á los gobernadores de las demás

(1) Se encuentra ya desde esta época una especie de representacion nacional por las diversas provincias del imperio romano: los diputados de cada ciudad se reunian para conferenciar sobre los negocios públicos.

ciudades, Larisa, Thesalónica, Atenas, etc., y con esto gozó la Iglesia de paz algunos días.

17. En este intervalo murió el papa san Pio I en 150. Algunos martirologios le dan el título de mártir, sin que sepamos nada del género de su suplicio. El *Libro pontifical* nos dice que mandó hacer bautizar á los que viniesen á la fe dejando la herejía de los Judíos: *Constituit hæreticum venientem ex Judæorum hæresi suscipi et baptizari*. Por esta herejía de los Judíos es menester entender las sectas nacidas del judaismo y el error de los Judíos convertidos que permanecían aun apegados á las observancias legales, creyéndolas obligatorias é indispensables á la salvacion. Este decreto de san Pio I indica que habia sectas separadas de la unidad, en las cuales se habia conservado el bautismo, por manera que no era necesario renovarlo, cuando habia una conversion á la fe católica; y que habia otras en que estaba alterado sustancialmente, especialmente entre las herejías nacidas del judaismo. Tal era probablemente la de los Cerintianos. San Aniceto sucedió á san Pio I en el gobierno de la Iglesia (150).

## CAPITULO VI.

### SUMARIO.

#### § I. PONTIFICADO DE SAN ANICETO (150-161).

1. Diferentes sectas gnósticas. — 2. Cuestión de la Pascua. — 3. Viaje de san Policarpo á Roma. — 4. Fundacion de las iglesias de Leon, Viena (en el Delfinado), Valencia (Delfinado), y Besanzon. — 5. San Hegeipo. — 6. Diálogo de san Justino con Trifon. — 7. Muerte del papa san Aniceto y del emperador Antonino.

#### § II. PONTIFICADO DE SAN SOTERO (162-174).

8. Cuarta persecucion general bajo el emperador Marco Aurelio. — 9. Martirio de santa Felicitas y sus siete hijos en Roma. — 10. Carta de la iglesia de Esmirna á las iglesias de Asia. — 11. Martirio de san Policarpo, obispo de Esmirna. — 12. Celso el Filósofo. — 13. Lucha de Crescencio el Cínico contra san Justino. — 14. Segunda Apología de san Justino, dirigida al emperador Marco Aurelio. — 15. Martirio de san Justino y sus compañeros. — 16. Milagro de la Legion fulminante. — 17. Obispos y doctores ilustres bajo el pontificado de san Sotero. — 18. San Dionisio, obispo de Corinto; su carta á la Iglesia de Roma. — 19. Herejes. Taciano, cabeza de los Encratitas. — 20. Bardesano. — 21. Apeles, discípulo de Marcion. — 22. Montano, Priscila y Maximila. — 23. Muerte del papa san Sotero.

#### § I. PONTIFICADO DE SAN ANICETO (150-161).

1. Destino es del error ir variando siempre, multiplicarse bajo mil formas diversas, y no poder reconstituirse jamás en la unidad, de la que se separó desde que se hubo separado de la verdad. El pontificado de san Aniceto vió una muchedumbre de sectas, vegetacion impura del gnosticismo, familia dividida contra su jefe, no teniendo de comun sino el odio y menosprecio á todos los dogmas católicos, y á los cristianos fieles á la doctrina de Cristo y á la enseñanza apostólica. Bastará nombrar estos sistemas absurdos salidos de la *gnosia* de Valentin, y tan secundarios que su mayor parte no pudo asegurar á sus autores la triste inmortalidad de los heresiarcas.

Desde luego los *Arcónticos* (de *αρχων*, príncipe), que atribuían la creacion del mundo á diversas potencias rivales. Desecha-